

preguntado una vez a Borges sobre los motivos del cierre de *Martín Fierro*; característicamente, se encogió de hombros y dijo que no recordaba. Los datos al respecto no abundan. Pero acaso lo que Borges recordara y no quisiera mencionar es que, junto con el episodio yrigoyenista, se había ido a pique la aventura de un parricidio frustrado, el de Lugones, una aventura que él capitaneaba alegremente seguido por sus compañeros de ruta.

Recordemos asimismo que en el último número de *Martín Fierro*, una foto hoy histórica muestra a Güiraldes en un banquete en *La Rural* (difícilmente hubiera podido elegirse un lugar más paradigmático para celebrar al autor de *Don Segundo Sombra*), rodeado de la flor y nata de la literatura joven argentina. Borges sonríe de pie detrás de su amigo. No parece un azar que el último acto público de *Martín Fierro* haya sido precisamente un homenaje a Güiraldes. A este homenaje no asistiría Lugones, desde luego, pero su presencia flotaba sarcásticamente sobre Borges y sus compañeros. Cuando *Martín Fierro* cierra poco después debido a las tensiones políticas y literarias, estaba en prensa un número –nunca publicado– de homenaje a Güiraldes, en el cual también colabora Borges.

En la admiración a Güiraldes coinciden las antípodas: Borges y Lugones. Por una parte, este acuerdo de acérrimos contrarios confirma la gloria de Güiraldes. Por otra, deshace la tensión entre las antípodas. El polo más frágil, Borges, pierde el blanco favorito de sus dardos y su razón de ser como capitán de los parricidas. Lugones ha demostrado su terrible inteligencia, su capacidad proteica de adaptación, su don de adivinación, su maestría en adelantarse a los acontecimientos y retener el cetro del poder literario. *Martín Fierro* ha perdido una de sus más importantes razones de ser y naufraga, no ya víctima de la indiferencia del medio, como *Proa*, sino de las pasiones encontradas de sus integrantes. Un naufragio tanto más doloroso en cuanto no existe el espacio ni el tiempo donde ventilarlo.

Y aún más. Cinco meses después del artículo de Lugones, Güiraldes se embarca para París en un viaje sin regreso. No es Borges quien lo acompaña, sino dos paisanos de la estancia. Y cuando vuelva a los siete meses, muerto y glorioso (Michaux, Supervielle, Auclair, Monnier asisten en París a sus exequias y es el Presidente Marcelo T. De Alvear el que recibe sus restos en Buenos Aires), quien hará descender el ataúd en el cementerio de Areco –oh ironía del destino– no será Borges sino Lugones, acompañado por Don Segundo Ramírez Sombra y por Ricardo Rojas. Nada más y nada menos que Rojas, a quien Borges había retratado en *Inquisiciones* como uno más entre los gritones «hechos de espuma y espíritu de escarapela, que son una caricatura paradójica de nuestra verdadera manera de ser». (Queja de todo criollo.) La oración fúnebre, inflamada de retórica, no será dicha por el amigo íntimo, Jorge Luis Borges, sino por el patriotero célebre, Leo-

poldo Lugones. Después de la gloria, es la muerte, seguida de una equívoca aclamación del nacionalismo indigenista, la que arrebató a Güiraldes del lado de Borges.

Creo que en pocos casos la literatura argentina ha ofrecido una historia de amistad tan breve, intensa y dramática como la de Borges y Güiraldes, una amistad trenzada y transida de tanta admiración y cariño como de frustraciones y malentendidos subjetivos y objetivos, todos ellos involuntarios. Cuando Güiraldes dice que en *Luna de enfrente* ve un libro escrito con lágrimas, está hablando, sin saberlo, de las futuras lágrimas, probablemente nunca proferidas, de Borges; profetiza que este hermoso libro marcado por su influencia, crecido a la sombra de su guitarra y de su voz, será el testimonio más alto y más cierto de una amistad prematuramente interrumpida por acontecimientos imprevisibles del reino de la literatura y del reino de la muerte.

Entre Güiraldes y Borges, la sombra monumental de Lugones se interpone inexorablemente e interrumpe para siempre una conversación confiada donde los zaguanes llevaban a la pampa, las tardes desembocaban en guitarras, y el futuro literario del país era sólo una patriada entre amigos prolongándose hasta la madrugada en alguna calle del Sur. Primero Lugones, el discutido, el discutible —pero después la muerte, la irrefutable. Y Borges habrá aprendido para siempre. Se alejará de su adhesión entusiasta al criollismo del mismo modo que Güiraldes se ha alejado irrevocablemente de él. Pero Güiraldes será el único escritor argentino a quien en vida Borges haya rendido un homenaje total e incondicional.

Sinteticemos ahora. Con *El tamaño de mi esperanza*, de una sola jugada, Borges ha perdido dos veces. Ha perdido a Lugones como blanco de sus agudos dardos y ha perdido a Güiraldes como símbolo y trofeo de su lealtad y su admiración. Años más tarde, por otra vuelta de un destino aún más irónico que su pluma, Borges se adelantará para ungir a Lugones, desacreditado por sus simpatías políticas de derecha y oscurecido por su trágico suicidio. El tamaño de una esperanza se ha vuelto, con el paso de los años y retrospectivamente, algo así como el tamaño de una traición.

Porque luego de la muerte de Güiraldes, Borges comprenderá que su destino es otro, que le han sido asignadas otras imágenes, que nunca será sino el que nunca salió de la biblioteca de su padre, colmada de libros ingleses, aquellos precisamente cuya lectura le envidiaba Güiraldes. Se encaminará a las sagas nórdicas, a los relatos policiales, a la literatura fantástica, a la naturaleza elusiva del tiempo y del yo. Llegará a decir que la pampa es sólo un vocablo literario, que los paisanos no usan. Se arrepentirá ruborosamente, como de un pecado juvenil, de *El tamaño de mi esperanza* y *El idioma de los argentinos*, dos obras en consonancia con el programa de Larbaud encarnado por Güiraldes.

Ahora, inevitablemente, resulta claro el acontecer que produjo el súbito desgaje de Borges de su breve pasaje por el criollismo, y parecen obvias las causales para el retiro posterior de *El tamaño de mi esperanza* de toda circulación. (Notemos de paso que de este libro se imprimieron sólo 500 ejemplares, de modo que su posesión se volvió una suerte de cacería legendaria para bibliófilos y expertos.)

La importancia de la autocensura de Borges con respecto a *El tamaño de mi esperanza* no puede ser minimizada. Ante todo, es indiscutible que la borradura no se debe a motivos puramente formales. Lo que presentamos aquí es nada menos que un viraje de 180 grados en la actitud de Borges con respecto a las letras de su país y al rol que se asignaba a sí mismo en ellas –en particular, con respecto a su fugaz inserción en el criollismo.

Borges se sintió sin duda abrumado por un motivado y triple despecho. Despecho en primer lugar por la apropiación de Güiraldes por el ala dura del criollismo nacionalista representado por Lugones; despecho por la falta de acogida de *El tamaño de mi esperanza* entre sus propios colegas de *Martín Fierro* y la incomprensión acerca de la plataforma criollista que este libro representa con novedad y atrevimiento indudable; despecho, en fin, por el inusitado éxito de *Don Segundo Sombra*, que él pudo haber admirado pero con entusiasmo menos arrasador y macizo que el que manifiesta el público porteño o el mismo Lugones.

Acaso Buenos Aires haya temblado ante el juicio de Lugones ejecutado por Borges, y la mejor manera de olvidar este juicio y cancelar ese temblor fue lanzarse a la euforia –legítima en su raíz, pero inflada y retórica en su expresión, como lo es el artículo de Lugones– de la celebración del mundo nómada de los reseros de Güiraldes. Ellos ejercen una indudable fascinación, como contrafigura, para una burguesía súbitamente invadida por la inmigración y el mercantilismo, removida en su aristocracia por el fragor de tiempos y cambios duros de enfrentar, ante los cuales ninguna fórmula cultural se encontraba disponible. Política y socialmente, en términos de la clase dirigente, Buenos Aires estaba más abierta a la consolidación literaria de un arquetipo nacional reconocible que a las fintas y destrezas de un escritor veinteañero cuyo ingenio era sólo comparable a su insolencia.

Borges, recordémoslo, había regresado de Europa con un alto y ambicioso empeño: el de acabar de una vez por todas con el proyecto modernista y suplantarlo por el programa ultraísta, más contemporáneo y afín a su capacidad expresiva. No sólo publica *Fervor de Buenos Aires* a los veintitrés años sino que despliega una gran actividad periodística en este sentido: así

colabora en *Inicial*, *Prisma*, *Valoraciones*, la primera *Proa*, *Nosotros* –donde publica el «Manifiesto del Ultraísmo»– y *Martín Fierro*. Esta actividad febril señala no sólo una vocación muy firme de escritor, sino la voluntad de estar presente en su generación y de volverse un guía desconocido por sus pares y para ellos –un propósito por cierto no descabellado, dado su innegable talento.

Entonces ocurre lo inesperado: el encuentro con Güiraldes. Güiraldes se aproxima a la cuarentena y es un escritor semifracasado. Con *El cencerro de cristal* se ha vuelto el hazmerreír de la ciudad y sus novelas posteriores han pasado sin pena ni gloria. Pero estos marcados contratiempos no han alterado alrededor de Güiraldes la presencia de un aura indiscutible. Hay un estoicismo en él, una cortesía tan innata, una elegancia tan central en abarajar los golpes del destino sin perder la serenidad y continuar el rumbo con una sonrisa que Borges, que siempre ha admirado la valentía y el temple, no puede menos que quedar subyugado por Güiraldes –más allá de sus preferencias literarias del momento.

Hay también la paradoja innegable: este escritor que todavía, a los cuarenta años, no ha conseguido revelar su estatura, ha logrado en cambio lo que muchos ambicionan y no pueden lograr: el respaldo de París, la apuesta explícita, en letras de molde, de Valéry Larbaud en su favor. Borges, que prefería con mucho la literatura inglesa, no podía con todo dejar de apreciar ni percibir la importancia de los elogios a *Proa*, a Güiraldes y a él mismo –elogios que circulaban en París y no en el Londres ni en el Madrid de aquel tiempo– y mucho menos, en cierto sentido, en Buenos Aires.

Es por lo tanto natural que Borges se disponga a escuchar a Güiraldes: Ricardo es para él un modelo humano prácticamente irresistible por su radiante presencia física, su elegancia innata, su integridad ética y su simpatía y generosidad primordial –pero también es una promesa literaria abierta hacia un porvenir donde tanto Güiraldes como Borges pueden ser protagonistas. Güiraldes no se multiplica en publicaciones como Borges: simplemente, quietamente, está madurando *Don Segundo Sombra*. Su criollismo no es un criollismo de candilejas ni una moda literaria –es una vocación instintiva y auténtica, una costumbre biográfica, una decisión vital. Ambos se han propuesto renovar las letras de Buenos Aires y del país. Pero quien tiene el verdadero carisma, socialmente, es Güiraldes y Borges no puede menos que reconocerlo.

La jugada maestra de Lugones tiende un puente transgeneracional que es reconciliación y nuevo punto de partida a la vez. De la nueva generación de *Martín Fierro* nacida de una vehemente oposición a Lugones –no sólo